

Jamás fumo esa porquería.

Samont H.



## Capítulo 1

EXTRACTO DE LA NOVELA: ***La probabilidad, el albedrío o las barajas.***

<http://www.megustaescribir.com/obra/64381/la-probabilidad-el-albedrío-o-las-barajas>

*Escena: **Jamás fumo esa porquería.***

Sonreía recordando y aun mirando al Cinturón de Orión cuando volví a Jimena para ver cómo estaba. Habrían transcurrido media hora y ella seguía durmiendo. Quizá se refugiaba en sus hierbas para dormir sin miedo y despertar sin angustias. ¡Qué sé yo! Tenía la cara limpia, ningún grano. Su rara belleza se me atrapó entre los párpados por un largo instante. Su nombre se atravesó en mi garganta, muy bajito, como arrullando su ensueño.

(...)

Su bolso multicolor estaba tendido a sus pies. «Trágate el humo». Me acordé de sus palabras. Lo abrí rápido, como si temiera ser descubierto por Jimena. ¿Por qué no?, me dije, al menos una vez en la vida. Encontré la bolsita con hierbas, unos papelitos y preparé un ino sé qué!; no sé si fui moderado en cantidad, si era muy grande o pequeño, si lo había embrollado bien —parece una oruga—. Lo que sí recuerdo era que mientras pensaba eso ya lo había encendido y ya lo estaba fumando. ¿Fumando? Hasta ahora me sorprende. Nunca, jamás, volví a aspirar humo alguno, salvo el vapor del sauna en el Jockey Club de Lima. Ni mis padres, ni Amanda fumaban. A demás, «eso mata. El día que te vea fumando, ese día será el primero en que te parta la cara con estos cinco dedos, ¿me entiendes?» Me amenazaba Amanda. Pero esa noche quería ser un transgresor. Si a veces parecía un loco-sano, como me decían mis amigos, ellos no son más que víctimas de su libertad transgresora que incluso otorga a sus vicios una apariencia menos indigna. Y el grado de su transgresión es lo que define la calidad de loco. ¿A quién hacía daño si me fumaba un porro de madrugada y en la arena de la playa, si nadie me veía? Ni Jimena, ni Amanda, ¡nadie! Yo era un loco bueno. Pensar así dulcificaba mi culpabilidad. Cumplí sus recomendaciones, «trágate el humo porque te da más efecto». Eso hice. El encendido del troncho corría rápido a cada calada. Abrían sido entre seis o siete hasta que sentí quemarme las yemas de mis dedos y tiré sus restos. Los efectos fueron instantáneos porque vi a Jimena agigantada. Miré hacia los botes, el muelle, las casas frente a la playa y todo lo veía más cerca y grande.

Como si tuviera un zoom en mi visión. Empezó a pesarme los brazos y los párpados, a la vez que sentía seca mi garganta. Inicié una risa sin sentido mirando el agua. El agua, decía y reía, el agua, y más risas, a carcajadas, el agua. Y no salía de esa frase. Por alguna parte consciente me preguntaba, qué carajo estaba diciendo, ¿Por qué me río sin control? Volteé a ver a Jimena para saber si dejaba de pronunciar el agua, el agua, el agua... Resultó, pero Jimena ya no era tan grande. Recuperaba su tamaño natural, solo que pasé a verla borrosa, levanté mi pesada visión y veía borroso todo. Te voy a matar, Camello. Hijo de Puta. Te voy a cortar a pedacitos, con la navaja de Currito. Te haré comer mierda del perro bongo. Tonto Camello. Te voy a empujar desde el muelle y te comerán las pirañas. ¡Pero!, ¿qué estaba hablando? Comentó mi escondida parte consciente. En el fondo, me asusté por un instante porque ni yo mismo sabía qué decía. ¿Pirañas en el mar de Paita? Ya no pude controlar mi risa. En ese estado me desplomé de espaldas en la frazada, riendo y tosiendo, sin parar, hasta que se me cerraron los párpados y pasé de una realidad a otra. Yo era un pirata con pata de palo, con parche en el ojo y navegaba en mi velero pirata, por bandera un telescopio y dos huesos entrecruzados, en el infinito. Algunos planetas que dejaba atrás asemejaban la cara del Camello. Gritaba diciendo, a toda marcha, Andrómeda nos espera. Hasta que una voz distrajo mi viaje devolviéndome a la arena de la playa, «Gabriel, estoy aquí detrás». Con algo de esfuerzo levanto la mirada dirigiéndola a la voz. Mi sorpresa fue total, era Juanito, aunque con la imagen alterada supe que era él. Giré un poco mi visión a mi derecha y me vi de niño y de noche junto al agua serena del pozo cordobés, que contenía en su fondo la imagen de Juanito y yo tirando lagartijas para deformarla. Volví la vista a Juanito. El mismo pantalón, la misma camiseta, las mismas zapatillas y gorra. Sí. Era él y se reía, ¿qué mal augurio me traería? Tal fue mi sorpresa al escuchar, aún en mi estado, que me había llamado por mi nombre: pocas veces la había hecho. Esto es un sueño, pensé. Volví a enterrar la cabeza, sin siquiera darme cuenta de Jimena. ¡No lo he visto!, lo negaba. Al rato escuché ruidos de motores de lanchas, de helicópteros y de aviones. Sentía pasar corriendo a hombres por mi lado. ¿Pero, qué carajo está pasando? Ráfagas de balas, sonidos de granadas y bombas. Me encogía de susto a cada sonido. En cualquier momento alguna podría alcanzarnos. Esa sensación humana ante aquella situación peligrosa me anuló total. No les miento si les digo que estuve entumecido. No podía mover articulación alguna. No quería abrir los ojos. La cobardía también es una expresión del miedo ¡Y en la playa de Paita! Decidido a afrontar mis temores los abro con cierto esfuerzo. Jimena, despierta, pero Jimena no estaba. ¡Mierda!, dónde estás ahora. Juanito allí detrás se reía suelto de huesos. Dime, dónde está Jimena, quién se la ha llevado. Yo desesperado, gritándole tendido desde la frazada. Pero Juanito, a lo suyo, señalándome y burlándose de mí. Más bombas. Veía cómo volaban por los aires las casas de enfrente. Ráfagas de metralla. Como un enjambre, las luces de los aviones. Soldados armados hasta los dientes seguían corriendo por mi lado. Esto es una guerra. Ecuador nos ha invadido. Jimena, seguí

llamando a Jimena, con mis latidos a galope y Juanito sin parar de reír. Varios soldados me rodearon, Pero..., ¿qué pasa aquí? todos eran el Camello, hijos de puta, ¿me quieren matar?, pues mátenme. Háganlo ya, les gritaba a todos los Camellos. Dónde está Jimena, díganme dónde está Jimena, hijos de mil padres. Me asusté más cuando todas las caras pasaron a ser caretas de comedias y tragedias. Sudaba boquiabierto. ¿Dónde se han llevado a Jimena? Díganme, Jiiiimeeeenaaaaaaa. Un manto oscuro me segó por completo. Aparecí en el cumpleaños de un niño ¿De quién más podría ser? De Juanito. Pipi, Chuleta y yo éramos unos pequeños encantados por devorar y esconder todos los dulces posibles. Corríamos porque nos perseguía un payaso con la cara del papá del Camello. ¿Y el Camello? Era la piñata. «Niños, a romper la piñata». Todos como manadas de pirañas hambrientas dábamos con lo que podíamos a la piñata. Mientras reventaban al camello y caían las sorpresas y regalos por sus orificios, yo seguía dándole entusiasmadísimo con un palo en la cara y riéndome satisfecho mientras el Camello lloraba. Otra vez la nube negra. ¡oh! ¿Qué les ha pasado a mis genitales? Lloraba asustado. Era de día y estaba desnudo sentado en la arena. Se había agigantado mi sexo. No podía siquiera levantarme de la arena. Me pesaba la nueva extremidad y me avergonzaba ser el espectáculo de la playa. La nube negra.

El canto de una gaviota, rumores de faenas en la playa, luminiscencia naranja en mis párpados cerrados, la sirena de un barco que partía, abro poco a poco mis ojos y Jimena no estaba, miro mi reloj, eran las siete y treinta de la mañana. Parecía que me hubiesen pinchado la conciencia porque me incorporé como un resorte. ¡La madre que me parió!, recogí la manta y fui volando a casa. ¡Nooo!, no puede ser, declaraba. Las pastillas de mi abuela, el colegio a las nueve, pasar por el muelle antes para saber si mi padre llegaba ese día; mejor luego del colegio. Ni más, ni más fumo esa reverenda mierda. Ni más, carajo. Lo juro por el Dios de mis padres que ni más fumo esa porquería. Y Jimena, sí que está más loca que yo, ¿Cómo se atreve a dejarme solo durmiendo en la playa? Así hablaba mientras iba a casa. Y ese Juanito de alguna forma me las va a pagar. Arrastraba mis piernas con un dolor de cabeza, un gran remordimiento y con un hambre que me devoraba por dentro.